

y repiques de campanas á deshoras de la noche, es decir, desde las oraciones hasta media hora ántes de salir el sol, con excepcion de la queda y el alba que podrá darse donde haya sido costumbre, y de los toques de incendio y alarma, que se darán á cualquiera hora con anuencia de la autoridad local; los repiques y llamadas para actos religiosos no excederán de un cuarto de hora.

Art. 5° La infraccion del artículo 2° de este reglamento, será castigada con multa de diez á veinticinco pesos, que exigirá la autoridad local á los promovedores del acto prohibido, y otra igual al ministro eclesiástico que lo haya ejercido: en el evento de que el culpable sea la dicha autoridad, los prefectos ó el gobernador del Estado en su caso, harán efectiva esta pena: la infraccion al artículo 4°, se castigará con multa de uno á cinco pesos en los mismos términos y las faltas al artículo 3° con las penas que las leyes imponen al delito de concusion.

Y para que llegue á noticia de todos, mando se imprima, publique y circule á quienes corresponda para su cumplimiento. Dado en el Palacio de Tlaxcala, á 21 de Junio de 1862.—Tomás Moreno.—Lic. Juan B. Acosta, secretario.

LA VERDAD EN LA CUESTION MEXICANA.

I.

Todo lo que se cuenta de México, cuya situacion ocupa hoy la Europa entera, está tan léjos de la verdad, que creemos por interés general, deber aprovechar los documentos que nos proporciona un corresponsal que ha visto con sus ojos y tocado con sus manos, los hechos que refiere. Ya es tiempo de que la luz se proyecte en medio de las tinieblas que oscurecen esta ardiente cuestion, más y más enredada.

Para apreciar mejor la situacion de México, será conveniente remontarnos por una rápida ojeada, á la primera dominacion española; la indicacion de los hechos históricos é incontestables, bastará para decirnos si la expedicion de las tres potencias la exigian la necesidad y el interés europeo.

Durante más de tres siglos que dominaron los españoles en México, su sistema fué constantemente invariable; ninguna innovacion, ningun cambio pudo penetrar nunca en aquel hermoso país, cuya entrada estaba prohibida á todo extranjero.

Los vireyes de Castilla, ayudados por el clero, que era poderoso y que inculcaba á aquellos pueblos que debian desdeñar la instruccion, descuidar la industria, el comercio y la agricultura, tenian gran interés en reducir las poblaciones á un estado de mansedumbre excepcional. La instruccion pública se reducía á la enseñanza de los salmos latinos, y todos los estudios literarios se limitaban á la paráfrasis de algunos textos místicos tambien latinos.

Los españoles, por orden de Fernando y de Isabel, *esos fervientes católicos*, prohibian á los mexicanos, en aquel país de predileccion en que la tierra, á causa de sus tres climas diferentes, produce cuanto hay en el mundo, que cultivasen el olivo, la viña, otros frutos, legumbres secas, el moral, el algodon y aun el tabaco, con el objeto *filantrópico* de venderles los productos españoles; y nó se limitaban á esto, ignorantes ellos mismos de toda industria; compraban en los diferentes mercados de Euorpa los tejidos y otros efectos que importaban á México, y que vendian con el vino, los espíritus, el trigo, las frutas secas, las imágenes y una multitud de otros artículos á precios fabulosos, lo que no debe admirar si se piensa que los comerciantes de la península ibérica querian ganar un ciento por ciento; que igual ganancia querian tener los armadores de buques; que los depositarios españoles sacaban la misma utilidad, y que los derechos de entrada en los puertos de México, estaban al mismo nivel. El sistema colonial tenia por objeto principal embrutecer á los pueblos; y en esto el gobierno era piadosamente secundado por el clero, al que en cambio le daba el permiso tácito de apropiarse mas de la mitad de los bienes de aquella opulenta religion, de suerte que hoy mismo el clero posee en México, en inmuebles, una fortuna de cuatrocientos millones de pesos. El uso que hace de esta inmensa fortuna es tan innoble, que nos repugna completamente hablar de él. Desde la independencia de México, el clero ha sido siempre el fautor de la anarquía y del desórden permanente; viendo que el progreso humano era contrario á su sistema exclusivo de dominacion, y que llevaba poco á poco á los pueblos al conocimiento de los abusos clericales, se desencadenó contra los progresos de la civilizacion, y les hizo una guerra á muerte, cometiendo una série de crímenes sociales y haciéndose el campeón de la inmoralidad mas desenfrenada.

Habiendo al fin conquistado México su

independencia, despues de una dominacion que fué fecunda en atrocidades de todas clases, y que dejó en aquel hermoso país los vestigios de una barbarie que á su vez engendró en el corazon de los americanos un odio indomable, se dió un gobierno de forma republicana, que á poco cayó en manos de los militares, y dió nacimiento á los partidos, á las ambiciones mas miserables; de suerte que el país no pudo nunca constituirse sólidamente á causa de las luchas interiores que se despertaban cada vez mas fuertes, y de las ambiciones perdidas que formaban todo el programa de los gobiernos que se han sucedido. Librado de la tiránica dominacion española, México, esa hermosa, rica y floreciente region del Nuevo Mundo, no volvió á tener tranquilidad desde que entró en su vida independiente. El clero y el ejército, han sido siempre sus dos principales potencias de destruccion. El ejército, cuya mayor parte de sus oficiales se compone de hombres ambiciosos y disolutos, se convierte fácilmente en instrumento del clero que lo domina, y que tentándolo incesantemente por la sed de las riquezas, lo hace servir en todas sus miras, en todos sus proyectos, de manera que aquel país privilegiado, está siempre en una situacion desesperante. Nunca se ha visto que el alto clero apoye y proteja mucho tiempo un gobierno cualquiera, aún cuando inaugure sábias instituciones, si no está cierto de dominarlo, y el clero es el enemigo más cruel de aquel país atormentado.

El dictador Santa-Anna, el hombre mas revolucionario de México, que subió tres veces al poder, y que es el enemigo encarnizado de los franceses y de los ingleses, porque los cree superiores á los españoles; este hombre inmoral que ha sido republicano de todos colores, y que se ha hecho notable por un insensato despotismo, sostenido por el clero, á quien se entregó enteramente de 1852 á 1856, constituyó su poder tiránico, suspendió toda garantía y toda ley del progreso civil, y llegó á formarse un ejército de cincuenta mil hombres además de veinte mil gendarmes y guardias de seguridad. Como era diestro, astuto y desconfiado, aduló siempre al clero; pero llegado al primer grado del poder, con el título de alteza serenísima, tal vez olvidó que debía esa elevacion al partido sanfedista, cuya tutela quiso sacudir, y el cual le retiró inmediatamente su apoyo. Entonces se vió obligado el dictador á dar durante dos años, varias batallas á los mexicanos que aman verdaderamente su pa-

tria, y en cuyas filas se encontraban los ciudadanos más probos, tales como Comonfort, que sostuvo una lucha de las más ardientes contra ese tirano desvergonzado.

Llegó Comonfort al poder, y encontró el país sumergido en un estado de anarquía escandalosa: la desorganizacion social era completa, la administracion era un verdadero caos; el tesoro público estaba vacío, y la moralidad proscrita; las deudas del Estado eran espantosas. No se desanimó, sin embargo: se rodeó de hombres llenos de probidad, y queriendo conciliarse con el clero, obtuvo de él promesas de adhesion á un trabajo de organizacion general, promesas hipócritas á que á poco debian faltarle. Comenzó por reconstituir el Estado é impuso algunas leyes al clero para contenerlo, y esta fué la señal inmediata de una reaccion. Comonfort no era demagogo, era al contrario moderado y conciliador; se equivocó en su juicio sobre el clero mexicano, que creia susceptible de algunas virtudes, y que no conoce otra regla sino el culto de su supremacia.

El clero no tardó en excitar al país á la rebelion, pero el país no se apresuró á responder á la invitacion de los fraulistas; aquella poblacion de nueve millones de hombres esparcidos en una superficie de ciento veinte mil leguas cuadradas, abandonando al contrario sus odios, esperó tranquila y llena de esperanzas en un porvenir próspero, la reconstitucion de su país.

Demasiado confiado el presidente Comonfort en la pureza de sus sentimientos, en la justicia de su causa y en las primeras promesas clericales, habia empezado ya la obra de reorganizacion, habia llamado en su ayuda á hombres más estimables, que remediaron en parte los males inmensos que habian causado las administraciones anteriores; enemigo eterno de todo órden de cosas y de todo gobierno que no corresponde á sus miras privadas, no habiendo tenido buen éxito en su llamamiento á la rebelion, cohechó á un general que gozaba de toda la confianza del presidente, y que consintió en ser el instrumento pérfido de los planes del partido negro. Este fué el general Zuloaga. Comonfort que habia dado tan buenas pruebas de su adhesion al bien de su país, se vió obligado á huir para escapar de una muerte cierta, y la reaccion clerical, enteramente protegida por las fuerzas militares cuyos jefes habian traicionado de la manera más vergonzosa al jefe del Estado, al padre del pueblo, á su amigo, á su protector, se ens

contró á poco árbitro de los destinos de aquel desgraciado país.

II.

Desde que la reaccion clerical se apoderó del poder, el desórden mas espantoso se manifestó en todas partes. El ejército, que habia sido el alma del complot, y sobre cuya conducta el clero, que le estaba obligado, cerraba los ojos, cometia abusos y violencias desenfrenadas; no tenia en cuenta ningun derecho, no respetaba ningun interés, y ni los bienes ni las propiedades de los ciudadanos, estaban al abrigo de sus exacciones.

Entónces fué cuando Juarez, hombre íntegro, presidente de la Suprema Corte de Justicia, y á quien tocaba de derecho la presidencia vacante de la República, de la que es por aquel empleo, presidente nato, segun la constitucion, tomó las riendas del gobierno; pero demasiado débil para resistir contra la rebelion de las tropas, tuvo que replegarse á Veracruz, acompañado de sus ministros.

El primer acto del nuevo presidente fué protestar ante la nacion y ante el cuerpo diplomático extranjero, contra los desacatos de la reaccion, y hacer reconocer la legitimidad de su gobierno.

Pero ya la lucha estaba empeñada en toda la extension del país, la sangre corría de todas partes, y el país era saqueado sin compasion. ¿Y cuáles eran los autores de esta obra criminal? El comité sanfedista, que tenia su cuartel general en la misma habitacion de un ministro extranjero, del Sr. D. Felipe N. del Barrio, representante de Guatemala. Los jefes de este comité, eran los otros ministros extranjeros, el nuncio apostólico, el conde de la Gravière por la Francia, el de España.

En este club estaban igualmente filiados una docena de obispos turbulentos, un número considerable de otros prelados y miembros del clero, varios capitalistas, entre los que figuraban en primera línea los señores Escandon, Barron, Forbes y otros, advenedizos todos que poseen hoy una fortuna considerable, pero de un origen muy problemático.

Esta coalicion admira y confunde; pero no por eso deja de ser una triste verdad, que resultará de los detalles siguientes, en los que nos vemos obligados á entrar para explicar cómo los ministros de las potencias extranjeras han llegado en todas épocas á apoyar á los reaccionarios y al clero.

Todo representante que llega á México,

con sueldos demasiado mezquinos, comparativamente á las riquezas que posee la clase media, y al tren de casa á que está obligado todo diplomático en un país tan lujoso, se vé hasta cierto punto en la necesidad de aceptar las ofertas que le hace espontáneamente el alto clero, el que al obrar así, acaricia designios é intereses particulares, y el ministro extranjero está seguro de encontrar siempre en los obispos y los prelados, sin tener siquiera necesidad de pedírselos, todo el dinero que puede desear para sus negocios domésticos, ó para sus gastos de representacion. Tal es la causa real de esa grande adhesion del cuerpo diplomático extranjero al sanfedismo; el que á su turno, en las ocasiones difíciles en que lo colocan algunas veces los acontecimientos interiores, encuentra eficaz proteccion y un refugio seguro en la casa de cualquiera representante de una potencia extranjera.

Establecido lo que precede, volvamos á los hechos. Al mismo tiempo que el partido jesuita trabajaba en México, no perdía de vista la Europa. Varios de sus agentes estaban diseminados en todas partes, y entre ellos figuraba el ministro general Almonte, que habia recibido más de 400,000 francos del presidente Comonfort para poder representar dignamente la República, cerca de S. M. el emperador de los franceses; pero este ministro débil é insaciable creyó más útil para él traicionar á su gobierno y asociarse á la reaccion clerical; así lo hemos visto en Paris, degradar y calumniar á su misma patria, y lo que es todavía peor, ponerla hasta cierto punto en venta, y convertirse en el instrumento mas ignominioso del partido negro.

Volveremos á ocuparnos de él más tarde.

Entre tanto, los hombres más distinguidos de México luchaban generalmente contra la reaccion, cuyo poder sufría frecuentes golpes; Zuloaga, ese traidor, perdió bien pronto la confianza de los clericales, y fué vencido á su vez por una nueva revuelta militar que dirigieron los hombres más oscuros de México, de un grado subalterno en el ejército, de un nacimiento y de una moralidad más que dudosa, entre ellos figuraban Miramon, Márquez, Mejía, Cobos y algunos otros. El primero de éstos se apoderó del gobierno en la ciudad de México, mientras que el presidente legítimo Juarez estaba en Veracruz, y Zuloaga derrocado desaparecía del poder. Entónces estalló una guerra de devastacion en el país; así inauguraban su gobierno los hombres nuevos llegados al poder, y para colmo de

desgracias, el nuevo apostólico del Papa rey, el ministro de Francia y el de España, pidieron á sus gobiernos respectivos que reconociesen al presidente Miramon, acompañando sus peticiones con notas y datos que lo pintaban como al hombre más probo y más capaz, y con este título, reclamado por los sufragios de toda la nacion, y principalmente por los del clero y de las otras clases privilegiadas. Estas noticias eran siempre admirablemente apoyadas por el ministro mexicano. Almonte en Paris, éste se prevalecía de la presencia en aquella ciudad, de ricos capitalistas mexicanos, y de la presencia en Roma de varios obispos nacionales que ahí residían. Los jefes del gobierno mexicano tenían, además, emisarios cerca de las cortes de Roma, de Madrid, de Viena, de San Petersburgo; pero Paris era la ciudad en que más se trabajaba. La corte de Roma ordenaba á sus agentes diplomáticos en el extranjero, que perorasen en favor de la reaccion mexicana. El gobierno español hacia todavía más. La camarilla de Sor Patrocinio trabajaba ocultamente, é intrigaba por sus propios intereses; habia diseminado en Europa á varios prelados españoles, que ponían en juego toda su influencia, particularmente cerca de una augusta señora. . . . Por su parte, la prensa clerical predicaba la cruzada contra la desgraciada nacion mexicana, y éste fué el primer acto de ese drama horrible de la reaccion.

Vivificada la lucha por los oficiales sanfedistas, continuaba siempre terrible en México. El gobierno legítimo de Juarez y los hombres más importantes de aquel desgraciado país, eran el blanco de las intrigas clericales. Los patriotas más ilustres, caían víctimas del puñal inicuo de la reaccion; en primera línea sucumbieron Degollado, Ocampo, Gonzalez Herrera, Moreno y otros patricios honorables. El oro del clero pagaba toda esta serie de crímenes; pero el partido liberal resistía enérgicamente á los satélites de la reaccion, y despues de dos años de una lucha espantosa, Miramon, derrotado por los liberales, desaparecía de la escena y se embarecaba para Europa. Juarez y su gobierno pudieron entónces ocupar la capital.

La reaccion habia recibido su primer golpe de gracia; pero habia dejado al país en un estado deplorable, y su suelo regado con la sangre más noble y más generosa.

Miramon y sus cómplices huían, llevándose sumas inmensas, fruto del pillaje y de su obra de devastacion y de rapiña; los

agentes reaccionarios se disponían á preparar en nuestro continente una recepcion de las más brillantes á este jefe oscuro y sanguinario, y á disponerlo todo para que Miramon fuese recibido por el emperador Napoleon, como merecía este *ilustre prospecto*. La recepcion benévola que le hizo el emperador, y la todavía más suntuosa que le estaba preparada en Madrid y en Roma, son hechos históricos y conocidos en Europa; donde fué acogido con todas las atenciones que se tienen ordinariamente con un rey destronado.

Los reaccionarios clericales, aunque vencidos en México en los campos de batalla, obtenían en Europa una inmensa ventaja. Habían conseguido hacerse considerar como los únicos hombres capaces de gobernar el país, y la intervencion de las potencias aliadas en aquella tierra lejana, es el resultado de sus maniobras subterráneas.

III.

Juarez, presidente legítimo de la República, habia, pues, podido volver á la capital despues de la derrota de Miramon. La situacion en que encontró la nacion, era de las mas tristes. Debía naturalmente empezar, al instalarse nuevamente, por una reorganizacion del país, obra extremadamente difícil, tanto más, cuanto que no queriendo apartarse de la legalidad, hubiera obtenido con dificultad el objeto que se proponía.

Respetando, pues, en todas sus partes la Constitucion de México, ordenó Juarez inmediatamente la eleccion del presidente de la República, y fué nombrado él mismo por una inmensa mayoría. El parlamento fué convocado sin tardanza, y su primer acto fué votar un manifiesto, dando las gracias al presidente Juarez y á su gobierno, por lo que habia hecho por el país.

El gobierno expuso al parlamento todas las desgracias que la reaccion clerical habia causado, protegida siempre por el cuerpo diplomático extranjero, residente en México; expuso la falta de medios para poder constituir y sostener el gobierno de la nacion; demostró con toda claridad, que los ministros extranjeros habian protegido á la reaccion, fuera de todo derecho, y habian contribuido á desacreditar la nacion mexicana ante la Europa; por consiguiente, el gobierno constitucional se veía en la necesidad de no poder dejar por ningun motivo impunes á los autores principales de aquella criminal reaccion clerical; demos-

tró por otra parte que el estado de la hacienda era muy precario, y no permitía, por cierto tiempo, pagar los intereses enormes de la deuda extranjera; se quejó también de la actitud que había guardado para con el gobierno el cuerpo diplomático.

El parlamento, casi por unanimidad, consintió en que el poder ejecutivo adoptase todos los medios que creyera necesarios, para aplicar un justo castigo á los principales autores de tantos males para el país. Autorizó igualmente al gobierno para suspender el pago de los intereses de la deuda extranjera, y además, el soberano congreso (título que se da al parlamento), dió al ilustre Sr. Doblado, primer ministro del presidente Juárez, plenos poderes para tratar y concluir la guerra ó la paz con las potencias aliadas europeas. Después de esto se disolvió el parlamento.

El principal cuidado de los hombres que componían el primer ministerio de Juárez, fué descargar su cólera sobre el partido negro; se mostraron severos, si se quiere, en esta ocasión; pero debe reflexionarse también en todos los sufrimientos y en las desgracias de todo género que los clericales habían causado á los liberales por tanto tiempo. Echaron, pues, fuera de la República, más de una docena de obispos, sin perdonar tampoco al nuncio apostólico. Estos reverendos, al recorrer la inmensa distancia de 360 kilómetros que separa la capital del puerto de Veracruz, imaginaron incitar á la rebelión las poblaciones, pero su plan fracasó completamente. Aquellas poblaciones inteligentes, dominadas por el odio que les había inspirado el gobierno de aquel partido, acudieron, pero obedeciendo á un sentimiento enteramente contrario, se entregaron á los insultos y á los actos del más alto desprecio contra las personas de los obispos; los agentes del gobierno tuvieron muchísimo trabajo para contener á la multitud, y proteger sobre todo la vida del nuncio apostólico.

Estos nuevos mártires, tan luego como llegaron á Europa, proclamaban en todas partes que México se hallaba dominado por los principios más subversivos, y los ministros extranjeros, residentes en México, daban también á sus respectivos gobiernos, los informes más absurdos en apoyo de lo que proclamaban los obispos expulsados. Bien difícil era descubrir la verdad; el caos era completo, pero sin embargo, preponderaba el partido negro, y la Europa pronunciaba su sentencia sobre la República mexicana diciendo: "México es presa de la anarquía; no hay go-

bierno posible para él, si la Francia, la Inglaterra y la España, no intervienen "para introducir allí el orden, y para el bien de la humanidad." Así se engañó á la Europa, se falsificaron los hechos, y pisoteando los derechos de una nación, se aplaudió la intervención europea en México.

El gobierno de Juárez, tan pronto como tuvo conocimiento de que era un hecho la intervención de las potencias aliadas, declaró sin vacilar, que esta expedición contra su propio país, era una usurpación contra el derecho de gentes, llamando, ántes de dejar un poder del que dependía la suerte de su bien amada patria, á los hombres honorables de las diferentes fracciones que componen la familia mexicana, entre los que se encuentran los ilustres Doblado, Echeverría y otros.

El gobierno, que gozaba de la confianza general de sus poblaciones, expuso francamente su situación al país, y le propuso él mismo su dimisión. Esta proposición fué rechazada. El gobierno dió entonces una amnistía general política, en favor de toda clase de ciudadanos; llamó la nación á la unión y á la concordia, y en términos sumamente moderados, hizo un llamamiento al concurso nacional para rechazar la invasión. Destituyó al ministro de México en París, el general Almonte, reemplazándolo con el ilustre la Fuente, abogado de los más distinguidos, y de una moralidad ejemplar. Los tribunales declararon al general Almonte traidor á su patria; se intentó contra él un proceso, pero todo esto no sirvió más que para encarnizarlo más en la vía de una reacción monstruosa contra su tierra natal.

Descontento de todas las intrigas urdidas en París, proyectó ir á Viena; se presentó al archiduque Maximiliano, y le hizo creer que él, el general Almonte, era dueño de poder constituir en México una monarquía austriaca.

Bajo la salvaguardia de una de las primeras potencias de Europa, el general Almonte se dirigió á bordo de un buque de guerra al puerto de Veracruz, comité sanfedista, y trató de separar á los mexicanos de la vía del honor y de los deberes hacia su propia nación.

Mientras que la Francia, la Inglaterra y la España, preparaban su expedición por otro lado, los sanfedistas de Roma, de Viena, de Madrid y de París, trabajaban asiduamente é incesantemente, y ponían en movimiento á todos sus agentes. El infatigable Almonte partió por segunda vez para Ve-

cracruz, bajo la protección del gobierno francés, que había sido engañado siempre, y tan indignamente, por él y sus cómplices.

¿Pero qué iba á hacer esta vez ahí? Iba á llevar la consigna al partido negro. Poco tiempo después, Miramon, el hombre que había sido recibido por los soberanos de Europa, como príncipe destronado, llegaba también, pero los ingleses impidieron su desembarco.

Volviendo al general Almonte me preguntareis: ¿quién es, pues, ese hombre tan miserable, que traiciona á su jefe y su nación, prostituye su patria ante un príncipe de la casa de Austria, y reniega de un pueblo generoso, valiente, y que ama la libertad y la independencia, en medio del que ha nacido?

¿Quién es ese triste personaje? Vamos á decirlo:

Es uno de los mil hijos naturales de esos *clérigos ejemplares y llenos de moralidad* que pueblan la América. Es hijo del cura Morelos. ¿Por qué se llama entonces Almonte? El cura Morelos pertenecía á esa clase del bajo clero, que ama la independencia de su país; era un valiente soldado á pesar de su sotana, y cuando combatía por la independencia de México, y que las tropas españolas se acercaban á su campamento, les gritaba á los indios, cuando el célebre ministro tenía corta edad: trasportad á mi hijo *al monte* (al bosque). Este orden de poner en seguridad á su pequeño hijo, era dada tan frecuentemente á aquellos indios, á causa de las frecuentes escaramuzas con los españoles, que el nombre de Almonte se quedó al niño que no tenía derecho á llevar ninguno.

Este origen, sin embargo, no podría reprochársele. Pero puesto que los reaccionarios no descuidan nunca hacer conocer el origen de su adversarios, cuando de él pueden sacar un motivo de insulto, hemos creído deber también dar á conocer á la Europa el del general Almonte. Aunque hijo de un cura, el Sr. Almonte no hubiera debido jamás olvidar que su padre había muerto gloriosamente con las armas en la mano para sostener la independencia de su país, y que había sido una de las víctimas de los españoles; y si en vez de renegar de los principios de su padre, hubiera seguido su noble ejemplo, habría merecido bien de su patria.

IV.

Hemos hablado del proyecto de monarquía que ha nacido en Europa con detri-

mento de la República mexicana, y de los pasos arbitrarios del general Almonte cerca del archiduque Maximiliano de Austria.

Si se nos hace la pregunta de saber si los mexicanos quieren ó no la monarquía, no vacilaremos en responder, sin temor de equivocarnos, por una negativa absoluta.

Lo que los mexicanos desean, es la libertad, la autonomía, la independencia de su patria, que quieren ver feliz, floreciente, libre de toda influencia y dominación extranjeras, y ser gobernados por hombres que hayan dado pruebas de su capacidad, de su abnegación y de su adhesión al país, tales como Comonfort y Juárez.

La fundación de esta monarquía bajo un príncipe extranjero, es una maquinación del partido clerical-reaccionario; el general Almonte ha desempeñado el papel principal; y los falsos informes del cuerpo diplomático extranjero, y el testimonio desvergonzado de varios mexicanos agregados al complot, en una posición de fortuna fabulosa, y que se han hecho pasar por representantes de la opinión pública de su país, han contribuido á dar valor y peso á esta idea.

Pero puesto que este proyecto de monarquía ha sido puesto á los ojos de los mexicanos, podemos asegurar con toda certidumbre, que jamás se realizará por la fuerza, y que si las potencias de Europa llegasen á conseguir imponer una monarquía á México, sería de corta duración. Pero si los mexicanos enteramente libres en su elección, se vieran algún día en la necesidad de aceptar esta forma de gobierno para la salvación de su patria, no hay más que dos familias en Europa sobre las que únicamente recaería su voto.

Los gobiernos ejemplares que desde hace tantos años existen en el Brasil y en Portugal, y las pruebas de amor que la casa de Braganza ha dado siempre á aquellos pueblos, han atraído sobre esta familia toda la simpatía de los mexicanos. Una segunda casa, la del más valiente y del más honrado de los reyes, ha atraído también las miradas del Nuevo Mundo; un miembro de la familia de Saboya sería recibido en México con los brazos abiertos. Fuera de estas dos dinastías, que serían aceptadas sin que se tirase un tiro, es inútil hacerse ilusiones. ninguna otra conseguirá nunca el voto espontáneo de los mexicanos. Esta elección nos muestra el grado de inteligencia y las aspiraciones de un pueblo que se pretende que es anárquico é ignorante, y da al mismo tiempo un bofetón á todos los aspirantes, tanto más cuanto que estas dos

familias tan apreciadas, están enteramente fuera de juego; la primera porque las desgracias la han privado de casi todos sus hijos; la segunda porque tiene delante de sí en Europa un porvenir lleno de gloria.

No debemos, sin embargo, dejar de hacer la observación, de que entre todos los pretendientes á aquel trono, la casa de España es la que tendría más derecho, si el odio indomable de los mexicanos, fundado desgraciadamente en una conducta que fué un tejido de iniquidades, no se opusiese á la realización de todo proyecto español.

No se ha dejado de proponer, á pesar de esto, la candidatura de D. Juan de Borbon; candidatura que el gobierno español hubiera apoyado con gusto, por comprometer á este príncipe ante la opinión pública de su país; pero este demócrata Borbon, que ha tenido el talento de saber comprender su época, consecuente siempre con sus principios, ha demostrado una vez más en esta ocasión, cuánto aprecia y respeta la independencia de los pueblos, y se ha apresurado á publicar una carta, en la que declara, al contestar á los que proponían su candidatura, que jamás consentirá en hacerse el instrumento odioso de un partido que quisiera atentar contra la independencia y la libre elección de un pueblo.

Estas palabras, que son una prueba de los sentimientos desinteresados de este príncipe, respecto de un país que fué en otro tiempo uno de los más bellos florones de la corona de sus padres, son dignas de admiración, y esta noble conducta, que no tiene nada de común con la de los otros pretendientes sin mérito ni derecho, debe hacerse notar en esta circunstancia.

La monarquía, por fin, no tendría más partidarios que el alto clero, aquella parte del ejército que se compone de ambiciosos y de hombres disolutos, las familias que tienen parentesco con los españoles, y los advenedizos de todas clases, que aspiran á gozar de fortunas mal adquiridas dándose aires aristocráticos; la monarquía no está, pues, en los votos del pueblo mexicano.

Pero aunque hábilmente urdida, no se llevará á cabo la trama. El hombre que preside hoy los destinos de la nación, que ha dado su sangre en defensa de los derechos de los pueblos en Europa, no tardará en conocer esta obra pífida, y al destruirla, adquirirá también derecho á la gratitud del pueblo mexicano.

Gobierno civil y comandancia militar del segundo Distrito del Estado de México.—El catorce del próximo pasado, recibí el nombramiento de gobernador civil y comandante militar del segundo Distrito del Estado de México, y el veintitres llegué á la villa de Actopan, designada por capital de dicho Distrito.

Desde que pisé el territorio de este nuevo Estado, comencé á oír pretensiones, quejas y reclamaciones en tal número y de tal importancia, que si alguna duda hubiera abrigado de la justicia y conveniencia de la determinación del ciudadano presidente, sobre la división del antiguo Estado de México, habría ella desaparecido. El sistema de la monarquía española con sus colonias, era el establecido, sostenido y desarrollado en todos estos pueblos: de la capital del Estado, y de hombres de la misma capital de la República emanaba toda acción débil y remisa para el bien; para el mal, vigorosa y enérgica. Este desorden gubernativo era agravado, si cabe, por la insubordinación de ciertos prohombres, que sobreponiéndose á la autoridad y á la ley, hacían imposible todo gobierno, así como por la anarquía de las poblaciones, que relajaba todos los vínculos sociales. En una palabra, semejante gobierno, desconociendo el sagrado fin de su institución, tan solo hacía sentir á sus gobernados los males extremos de un vicioso estado social ó casi de pura naturaleza.

Tal orden de cosas era ya muy violento, y no podía ménos de obligar al supremo gobierno á terminarlo, dando su decreto de 7 del pasado. En consecuencia, fuí designado para ponerme al frente de esta parte de la República, donde creo que he traído la misión de reorganizarla conforme á los verdaderos principios del gobierno democrático. Yo me lisongeo de llenarla bajo las siguientes condiciones:

Primera: regularizar la administración bajo el principio *del mayor bien para el mayor número*, por medio de un personal que goce de prestigio por sus antecedentes, que recomiende la nueva entidad política y haga palpar la ventaja de su creación; para que no sea sofocada en su cuna por una guerra de baja ley, que le hiciera fracasar é imposibilitar para lo sucesivo. —Segunda: organizar bajo el principio de que la sociedad debe defenderse por sí misma, la fuerza armada con el concurso necesario de todos los ciudadanos, para defender la independencia nacional, las instituciones patrias y la reforma progre-

sista.—Tercera, arreglar la hacienda bajo los principios de la ciencia económica y de una buena administración, llamando al orden á los pueblos, que resisten contribuir para su propio bien, á los prohombres, que eluden el impuesto proporcional, y á las manos impuras que dilapidan el tesoro.—Cuarta: nombrar para los tribunales que establezca el supremo gobierno, magistrados dignos, que poniendo la justicia á la vista y alcance de todo el mundo, la administren pronta y cumplida al pueblo, para que la chicana, el oro, ó el poder, que atacan por la fuerza, astucia, ó por ambas á la vez, la santidad y verdad de los juicios, no hagan imposible el imperio de la ley y de las garantías sociales.

Si aun destruir la situación pasada es difícil, mas lo parece levantar, según el indicado programa, un nuevo orden en época tan crítica, y en que es preciso crearlo todo. Mi misión, pues, no era solo edificar, sino previamente destruir, y para allanarla, comprendí que debía proceder con mesura y circunspección, con detenido examen y reflexión, y por esto es, que el cuadro de mis trabajos hasta hoy presente, respecto de determinaciones definitivas, grandes vacíos.

Organizada mi secretaría bajo un sistema el mas económico posible, no tuve donde colocarla, ni los útiles necesarios para el trabajo. De la bondad de los vecinos algo podía conseguir, pero de una manera lenta y para ellos costosa. Por otra parte, me hallé con un número muy reducido de ciudadanos que pudieran comunicar la acción del gobierno, y una oficina de rentas tan pobre, que ni sus gastos de administración del partido podía cubrir. El desprestigio del gobierno y la relajación de los nuevos vínculos de los pueblos del segundo distrito eran la consecuencia forzosa, si para zanjar los cimientos de la nueva organización, me limitaba á la emisión de órdenes y providencias despachadas desde Actopan, tardía y malamente conducidas, y basadas tal vez en informes falsos ó apasionados.

Debía poner ántes algun orden en tal caos para seguir despues una marcha regularizada, y hé aquí la necesidad de mi traslación á este mineral, punto el mas importante del nuevo Estado. Con mejores elementos, os diré mas bien, con los mas indispensables, de que en Actopan carecía, he dado vida á esta nueva entidad política, y luego que su marcha sea regularizada, lo que conseguiré despues de una ligera visita á los puntos principales, podré

desde Actopan imprimir con buen éxito el movimiento que el supremo gobierno quiere sigan los pueblos en la causa de la libertad y de la reforma.

De todos los trabajos hasta hoy emprendidos podría dar una exacta Memoria, no obstante la falta de archivos y aun de la legislación del Estado; pero por ese medio no se conseguiría el objeto con que esa clase de documentos se escriben. Una gran parte de mis providencias han sido, por decirlo así, preparatorias, y se espera la noticia de sus efectos. Apenas puedo saber en el ramo de guerra, el número de hombres puestos en servicio activo, el de armas y su estado, la cantidad de pertrechos y útiles de guerra, la conveniencia de las guarniciones en tales y tales puntos. En hacienda, estoy reuniendo las noticias pedidas á los administradores sobre ingresos y egresos, rezagos, deudas pasivas, créditos del Estado, &c. En la administración civil estoy adquiriendo el conocimiento de las personas que encontré colocadas, y observo su marcha. En la administración de justicia, reuno informes para que con acierto puedan hacerse las reformas que tan imperiosamente reclama el estado social. Un cuadro, pues, de antecedentes sin consiguientes, de pasos para adquirir, sin la noticia de lo adquirido, no puede dejar á ninguno satisfecho.

No obstante lo dicho, para conocimiento del C. Presidente, debo manifestar, que mi primer providencia para hacer cesar el desorden, fué mandar suspender todos los pagos, que por órdenes ó providencias del antiguo Estado se hacían, hasta tener conocimiento de ellos, y luego para que la administración pública continuara su marcha, mandé observar la ley de 19 de Mayo último, que tan olvidada estaba en este distrito, que unos empleados recibían su haber completo y otros seis reales diarios, por sueldos de ménos de cincuenta pesos mensuales y dos pesos por los de mayor cantidad.

Pedí á los administradores las noticias respectivas sobre todos los ramos que están bajo su cuidado. Mandé hacer cortes de caja desde que se instaló el gobierno en Actopan, en virtud de la separación de este distrito del antiguo Estado. Ordené el cobro ejecutivo de los rezagos, y he despachado una visita á varios administradores para cerciorarme de su manejo. También dispuse con oportunidad, que todos los jefes que mandan fuerza armada del Estado, sostenida por el fondo público, dieran las noticias correspondientes y sus